

JEAN-PIERRE TARDIEU, ***EL NEGRO EN LA REAL AUDIENCIA DE QUITO. SIGLOS XVI-XVIII***, QUITO, EDICIONES ABYA-YALA, 2006, 384 pp.

Si realizamos un balance respecto a la producción académica sobre el negro en la Audiencia de Quito, no se puede negar la marginalidad historiográfica del tema, frente a investigaciones que han privilegiado historiar los grupos coloniales dominantes o las comunidades indígenas. Solo en los últimos años se evidencia la presencia de ciertos estudios que abordan al negro como un sujeto social histórico, lo que significa que este constituye un campo en construcción. De allí que resulta un aporte la difusión de nuevos trabajos, como la del historiador francés Jean-Pierre Tardieu, quien mediante una amplia revisión bibliográfica y una significativa base empírica, producto de una exhaustiva revisión de archivos, abre la posibilidad para que estudiosos del tema inicien investigaciones que permitan explorar y rastrear las dinámicas sociales y los procesos de construcción cultural de la población negra, en el ámbito urbano y en territorios de frontera, como es el caso de la provincia de las Esmeraldas.

La obra está dividida en 8 capítulos, el relato del primero, fundamentado en crónicas (Cieza de León, Agustín de Zárate, Fernández de Oviedo, Garcilazo de la Vega, López de Gómara) lo dedica a describir las incursiones de conquista realizadas por Francisco Pizarro y Pedro de Alvarado, en donde los pocos negros que acompañaron a los conquistadores lo hicieron en calidad de domésticos y más tarde, en 1542, como soldados auxiliares en las guerras civiles a propósito de las Leyes Nuevas, en donde actuaron en defensa de la causa de sus amos.

A partir del segundo capítulo hasta el séptimo, el autor presenta a la población negra en los diversos espacios coloniales, en los escenarios urbanos y en las zonas rurales. El capítulo segundo centra su atención en Esmeraldas, e inicia con una descripción del perfil biográfico del religioso español Miguel Cabello Balboa, a quien el poder colonial le encomendó, en 1577, la pacificación y reducción de los indios y mulatos de la región. El registro histórico sobre esta tarea, así como una descripción detallada de la forma de vida de la población y de las incursiones militares a la región, se encuentran en la crónica denominada, "Verdadera Descripción de la provincia de las Esmeraldas, contenida desde el Cabo llamado de Pasao hasta la Bahía de la

Buenaventura". Según el autor dicha crónica relata además las acciones del líder negro Alonso Illescas, un esclavo ladino producto de un naufragio de un barco en la costa esmeraldeña y mediante el uso de eficientes estrategias, entró en alianzas con los indios y las autoridades coloniales convirtiéndose en gobernador de la provincia. Producto de esta alianza, en el año de 1600, Illescas se comprometió a iniciar la reducción de pueblos y a colaborar en la construcción de un camino apto para transitar mercancías desde la Sierra hasta la Costa pacífica. Esta misma alianza fue realizada años antes entre las autoridades del cabildo de Quito y otros líderes negros locales, los Arobe.

Con el pasar del tiempo, la dificultad de una definitiva pacificación y reducción de la población nativa y zamba, más las difíciles condiciones geográficas de la zona, y el poco tacto utilizado por los individuos encargados de llevar a cabo los proyectos viales, impidieron concretar una ruta que acortara las distancias desde los centros de producción andinos hacia Tierra Firme.

En el tercer capítulo se aborda la explotación del "cerro de oro" de Zaruma que se inició en el siglo XVI y la necesidad de aprovechar la riqueza aurífera de este cerro con una mayor asignación de naturales o la introducción de negros esclavos. Frente a esta demanda de los mineros, las autoridades, mediante un interrogatorio de 26 preguntas, dejaron como testimonio un documento que describe el entorno minero, aspectos técnicos y la mano de obra indígena destinada a esta actividad, tema que fue objeto de permanentes disputas entre las autoridades y los mineros, quienes apoyaban el ingreso de esclavos para el trabajo en las minas. Termina el capítulo con una rápida descripción del tipo de mano de obra presente en las minas de Zamora, Cuenca y Quijos.

Los capítulos del cuarto al sexto, estructurados bajo un mismo esquema, proponen un acercamiento a la vida de los esclavos de las ciudades como Quito, Guayaquil y Cuenca. Dentro del ámbito urbano, se evidencia el comercio de los esclavos, origen étnico, condición de los mismos (ladinos, bozales, criollos), precio y modalidades de pago. Además se identifica los sectores sociales, como pequeños propietarios, burocracia colonial y eclesiásticos, interesados en aprovechar el jornal que percibían los esclavizados en calidad de alquilados. Esta práctica si bien fue común en Quito, en Guayaquil fue más evidente debido al dinamismo económico del puerto, los esclavos trabajaron en labores artesanales en los astilleros, tarea que también la realizaron los negros libres, lo que propició cierta movilidad social. En el caso de Cuenca, los esclavos se destinaron a labores mineras y agrícolas y al igual que en Quito, las familias pudientes los destinaron al servicio doméstico, pues el poseer esclavos era una cuestión de prestigio social. En relación a la manumisión en las ciudades, varios esclavos obtuvieron la libertad

gracias a la benevolencia de los amos, quienes la otorgaron en gratitud a la fidelidad de sus servicios. Interesa resaltar que buena parte de la información registrada en estos capítulos proviene de las notarías de las ciudades trabajadas en donde constan registros históricos, como contratos de compraventa, testamentos, juicios civiles y criminales, inventarios, donaciones, poderes, base documental fundamental para mirar las características sociales y la cotidianidad de los grupos negros.

El séptimo capítulo refiere la presencia de los esclavos en otros espacios del callejón andino. En Ambato y Riobamba, su trabajo estuvo presente en los obrajes, claro que la población mayoritaria la constituyó la indígena. En Loja estaban destinados a las labores del campo en las haciendas. En el litoral, en las islas de La Plata y Salango, esclavos expertos en buceo estaban encargados de recoger perlas, mientras que en el Oriente, en Zamora, la actividad minera fue su principal ocupación.

La obra termina con el tratamiento de varios temas referentes a la condición de los esclavos dentro del contexto colonial. Se señala la legislación emitida por la corona respecto a los derechos de los esclavos, las protestas realizadas debido a causas como la sevicia, la explotación en las labores asignadas o el incumplimiento de las normativas en relación a las raciones alimenticias. Según el autor, varios esclavos conocedores de la normativa colonial hicieron uso del legítimo derecho en su defensa, pero la mayoría debido al desconocimiento de las leyes y la dificultad para acceder a las instancias apropiadas, permaneció simplemente con el deseo de obtener “la libertad tan amada”.

Rocío Rueda Novoa
Taller de Estudios Históricos (TEHIS)

JAIME E. RODRÍGUEZ O., ***EL NACIMIENTO DE HISPANOAMÉRICA.***
VICENTE ROCAFUERTE Y EL HISPANOAMERICANISMO, 1808-1832,
QUITO, BIBLIOTECA ECUATORIANA DE HISTORIA, NO. 22,
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR/CORPORACIÓN EDITORA
NACIONAL, 2007 [1975], 2A. ED. CORREGIDA, 322 PP.

Me parece que esta nueva edición del trabajo que Jaime Rodríguez publicó originalmente en inglés hace más de treinta años, tiene un interés doble para el público ecuatoriano. En primer lugar, permite acceder a una faceta poco conocida del primer presidente liberal del país: su papel como diplomático y político mexicano, sus tareas en Cuba, Estados Unidos y España como emisario de grupos liberales, su evolución progresiva desde la defensa de la monarquía constitucional, hasta el republicanismo centralista pri-

mero y federal después. En segundo lugar, permite seguir el rastro de la formación del pensamiento de Jaime Rodríguez, uno de los académicos contemporáneos más influyentes en la relectura reciente de los procesos de independencia en la América española. Se puede afirmar que los principales hilos conductores de su obra posterior se encuentran ya presentes en esta primera publicación: la amplitud de una lectura de la independencia como un proceso de dimensiones atlánticas, el énfasis en los procesos de la política inmediata, la reivindicación positiva del proceso constitucional gaditano como expresión de un liberalismo ibérico de raíces autónomas, en lugar de ser interpretado como una importación inglesa.

¿Cuál es el argumento central? No es una biografía de Rocafuerte, sino un recorrido por lo que el autor llama “el hispanoamericanismo”. Se trata de una tendencia intelectual y política que buscó preservar la unidad política, económica y cultural del mundo hispánico, a través de los múltiples avatares de la desintegración de la monarquía española. Primero intentó preservarla mediante la Constitución liberal de Cádiz, luego, mediante la formación de una comunidad federativa más laxa y, finalmente, cuando quedó claro que la única manera de ganar autonomía local era separándose de la madre patria, siguió apoyando tanto la unidad y solidaridad de las nuevas repúblicas, como los intentos de los liberales españoles que conspiraban contra el absolutismo de Fernando VII en la península. Rocafuerte formó parte de esa tendencia, siguió sus esperanzas y luego, cuando quedó claro que los conflictos políticos internos tomaban la delantera frente a la solidaridad y fraternidad hispánica, se enfrascó en la política local reflejando con su evolución personal, la muerte de la tendencia hispanoamericanista.

Para sostener este argumento, el libro empieza describiendo las fases iniciales del derrumbe de la monarquía hispánica, las circunstancias que llevarían a la victoria liberal en Cádiz y a sus posteriores fracasos a manos de los absolutistas y de los conflictos políticos entre radicales y moderados. Rocafuerte participó en estos eventos como diputado ante las Cortes en 1813, pero su protagonismo parece menor en el relato de Rodríguez. La figura del guayaquileño adquiere relevancia cuando regresa a Cuba y, además de manejar sus negocios particulares, se mantiene vinculado a círculos liberales hispanos. En 1820, cuando en España se restaura la Constitución de Cádiz, Bolívar y otros grupos republicanos le piden que viaje a la península y elabore un informe sobre la viabilidad del nuevo intento liberal y constitucional. Desairado por los conflictos que observa, llega a la conclusión que no habrá futuro de autonomía sin la separación. Desde entonces se convierte en republicano y trabaja para lograr la independencia de Cuba, para lo cual está dispuesto a gestionar la anexión de la isla a Estados Unidos.

La mayor parte del libro, sin embargo, se preocupa por presentar detallada y documentadamente las gestiones diplomáticas de Rocafuerte como secretario de la legación mexicana en Londres y el intenso trabajo del grupo de personas con los que comparte las peripecias y esfuerzos para lograr el reconocimiento diplomático europeo, los préstamos que requieren para recuperarse de la devastación de las guerras de independencia y los pertrechos militares necesarios para defenderse de los intentos españoles de reconquista. A su regreso a México, Rocafuerte intenta en un primer momento mantenerse al margen de los conflictos políticos locales y busca más bien impulsar proyectos de progreso material y económico en la ciudad. Esos proyectos encuentran el bloqueo de un contexto político adverso y lleno de desconfianzas. Convencido de que no tiene más remedio que intervenir, se convierte en uno de los publicistas liberales moderados más importantes de la oposición al gobierno de Anastasio Bustamante. Cuando al fin cae el gobierno, Rocafuerte salva la vida casi milagrosamente y decide regresar, enfermo, a Guayaquil para recuperarse en un clima más cálido y benigno. Este último episodio marca, para Rodríguez, la muerte definitiva del hispanoamericanismo.

¿Qué pensar de este argumento y de su argumentación? Rodríguez se revela claramente en este libro como un defensor del hispanismo liberal, de lo que él llama el “hispanoamericanismo”. Si juzgamos por las simpatías políticas del autor, tampoco se trata de cualquier liberalismo: su interés se concentra ante todo en los liberales *moderados*. De hecho, constantemente se le escurren juicios que revelan su poca estima por los radicales. Parece que el “hispanoamericanismo”, tal como lo entiende Rodríguez, excluye a los radicales. No solamente eso. En la historiografía convencional, estamos acostumbrados a asociar el hispanismo y la reivindicación de la herencia hispánica al conservadurismo político. Esos conservadores no parecen ser “hispanoamericanistas” en el sentido que Rodríguez da al término, o por lo menos ese no es el grupo que le interesa destacar. Finalmente, si entendemos por “hispanoamericanismo” el intento de considerar la suerte de las nuevas naciones como unidas por la posibilidad de un destino común, entonces podría considerarse “hispanoamericanistas” a dirigentes políticos y militares separatistas como Bolívar o San Martín. De hecho, Rocafuerte mantuvo casi toda su vida una buena relación con el Libertador, con quien compartía muchas ideas políticas. Sin embargo, ninguno de esos dirigentes parece haberse hecho acreedor al rótulo de “hispanoamericanista”. En síntesis, los perfiles políticos y culturales del “hispanoamericanismo” no quedan enteramente delineados en el libro.

Esta falta de definición del perfil político de la tendencia “hispanoamericana” es más desconcertante cuando leemos el relato de Rocafuerte inten-

tando lograr la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Puesto en el trance de elegir, el guayaquileño prefiere su identidad “republicana” a su herencia “hispanica”. Desde un punto de vista intelectual, las cosas tampoco son enteramente claras: las influencias intelectuales que marcaron el pensamiento del guayaquileño incluyen autores ingleses, tanto como españoles y franceses; pensadores norteamericanos, tanto como clásicos latinos. No parecen herencias muy distintas de las que marcarían a Bolívar. ¿Qué es el hispanoamericanismo para Rodríguez?

Una nueva clave desperdigada puede ayudarnos a definir mejor los contornos del hispanoamericanismo de Rodríguez: en el prefacio a esta edición castellana de su trabajo, nos dice, “puesto que sostengo que la América española no era colonia de España, sino una parte integral de la Monarquía española (...) en esta edición he aprovechado la oportunidad para eliminar palabras que pudieran sugerir un estatus colonial”.¹ Esa puede ser una explicación de las razones de haber excluido a Bolívar. Su hispanoamericanismo parece ser aquel que no quiere separarse de España, sino que acepta a regañadientes la separación, cuando no hay otra forma de lograr la victoria de ciertos principios liberales moderados. Ni radicales, ni republicanos de primera hora, aunque consideren a toda América como su hogar. Una definición restrictiva que parece ajustarse mejor con las simpatías políticas del propio Jaime Rodríguez.

Pablo Ospina Peralta

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador



1. Jaime E. Rodríguez O., *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*, Quito, Biblioteca Ecuatoriana de Historia No. 22, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2007, p. 10.